

**Homilía con ocasión de la Santa Misa de Acción de Gracias por mis XXV
primeros años de ministerio sacerdotal.
Toledo 5 de octubre de 1986 - Roma 5 de octubre de 2011**

Han pasado 25 años desde aquella mañana del cinco de octubre de 1986. Entonces el beato papa Juan Pablo II estaba visitando Francia, la tierra de mi madre, en aquel momento, se hacía presente en Paray-le-Monial y en Ars. En la catedral de Toledo nuestro amado y admirado don Marcelo, ¡qué grande!, rodeado por una nutrida representación del Clero, por el Seminario y por un gran número de fieles, entre ellos tantos familiares y amigos. Allí dos diáconos esperábamos emocionados recibir, por la imposición de manos del Cardenal Primado, la tan deseada ordenación sacerdotal como presbíteros. ¡Qué gozo y qué sensación de inmerecimiento! Pero toda la confianza puesta en el Señor, y Él no nos ha fallado, ni dejado nunca de su mano, en todo este tiempo.

Siendo sólo dos los ordenandos todo tenía un sabor de familia reforzado y don Marcelo nos lo supo hacer sentir. Con la segunda lectura, testamento espiritual de san Pablo (2Tim 1, 6-8.13-14), el Sr. Cardenal nos ofreció su elocuente y fuerte enseñanza, como el Apóstol a su discípulo, así nos habló él aquel día a **Adolfo Solasert** y a mi.

Cada año, el cinco de octubre, a lo largo de todo este tiempo transcurrido, he vuelto a llevar aquella homilía a la oración. Una homilía ¡siempre nueva y actual! Don Marcelo sabía ponerse al servicio de la palabra de Dios y la Palabra enriquecía aun más su señorío y elocuencia.

Aquel día trazó un programa de vida sacerdotal, abrazados a la Cruz, con la esperanza y el amor en Cristo y, sin miedo, adelante, pase lo que pase.

Mis 25 años de sacerdote los conocéis todos más o menos. Han pasado deprisa. He tocado casi todos los campos del ministerio sacerdotal. Mis cuatro Obispos sucesivos me han confiado toda clase de responsabilidades, se han fiado mucho de mí. Yo, ahora, miro al Señor y descubro mi pobre realidad humana, ¡qué poco tiene que ver con el “personaje” del que se habla, con más o menos conocimiento de causa! Pero ante Dios no hay sombra, nada se le oculta, ¡qué insensato intentaría engañarle?

Tanta claridad en Dios, nos da miedo, nos vemos “al desnudo”, ¡pobre de mí!, qué mezquinamente he respondido a tanto amor de Dios y a tanta confianza en mi persona. Pero me enseñaron a nunca centrarme en mí mismo, ni para el examen de conciencia. Hay que mirarle a Él, la fuente misma de la luz. Entonces la luz que denuncia y muestra nuestras deficiencias se hace también caricia, consuelo, medicina y esperanza. Con esta luz divina un dolor intenso nos va penitenciando; a su primer amargo escozor, sigue un cauterio suave, que termina envolviéndonos. El sufrimiento da entonces paz y nutre la esperanza. El dolor sabe a amor y provoca amor, nuestro buen Jesús crucificado y resucitado.

Esta experiencia la he vivido intensamente y en diversas ocasiones a lo largo de estos 25 años, pero marca singularmente este año, desde los Ejercicios Espirituales, que pude hacer en Ars, pasando por la fraternal fiesta de san Juan de Avila, del pasado mes de mayo en el Seminario de Toledo, y por la experiencia única de la **JMJ** de Madrid, en agosto, y hasta estos días de acción de gracias, petición de perdón y súplica, que ahora estoy viviendo.

En este contexto brota impetuoso un recuerdo agradecido a mis padres y a mi familia, a mis amigos desde los años de infancia y juventud y a los de los años de Seminario y Sacerdocio. Gratitud también a educadores y formadores, los del colegio, la universidad, el Seminario, los de Roma. Gratitud a tantas personas que me han sostenido con su oración y entrega. Gracias a quienes me han corregido, gracias a quienes me han hecho saber mis errores y defectos. Gracias también a quienes me han querido hacer el mal. A todos pido perdón, por mis faltas públicas y ocultas, conscientes e inconscientes en estos 25 años.

Me siento profundamente feliz y en paz, pero no me siento satisfecho. Miro atrás y descubro lo que me falta; miro hacia el futuro y, no sin temor por mi fragilidad, me declaro firmemente decidido a seguir caminando y luchando para no quedarme demasiado rezagado respecto a mi Señor crucificado. Sigo contando con todos vosotros y, os ruego, que aceptéis seguir contando conmigo. Pero, sobretodo, cuento confiado con la ayuda de nuestra Madre la Iglesia Santa. Cuento con la ayuda de nuestros ayos, los Ángeles y los Santos. Especialmente con la ayuda de san José y de la Virgen María.

¡Ah la Virgen María! Tanto que agradecer, tanto que amar. Cuento con su ejemplo en Nazaret y en casa de Isabel. Con su testimonio en Belén y Jerusalén, Con su consejo en Caná y su maternidad en el Calvario. Todo con Ella, nada sin Ella.

Las lecturas de la Misa de hoy nos invitan a la oración. Una oración que para ser verdadera y eficaz ha de partir de una recta noción y conocimiento de Dios, al que la plegaria se eleva.

Tal es la idea y el saber que tenemos de Dios, tal será nuestra oración. Por ello el Salmo responsorial, que hemos cantado, no sólo nos ha presentado un modelo de oración a seguir, sino que nos ha revelado el rostro del Dios a quien el salmista alza su súplica.

Desde esta experiencia se descubren los problemas del pobre profeta Jonás y se abren mente y corazón para acoger el gran don que Cristo nos hace al enseñarnos, hoy, a orar, entregándonos el Padrenuestro.

El Señor Jesús no ofrece a sus discípulos solo una “fórmula de oración”, introduce a éstos en su propia oración, lleva a los suyos al encuentro filial con el Padre, levanta la tierra hasta el Cielo (“así en la tierra como en el Cielo...”).

Esto llevó a la Iglesia a unir la oración del Padrenuestro no sólo con los grandes momentos de su plegaria, Laudes y Vísperas, sino también con el corazón de la celebración de la Santa Misa, entre la Plegaria Eucarística y la Comunión.

Este don del Señor resulta vital para todos sus discípulos, pero lo va a ser singularmente para los Apóstoles y para cuantos hemos sido asociados a su Sacerdocio por el sacramento del Orden.

Filiación, confianza y obediencia identifican esta oración y nuestra vocación. Esto vivo hoy, al levantar la mirada a nuestro Padre Dios para alabar su santo Nombre y darle gracias, pedirle perdón y cuanto necesito de su corazón, rico en misericordia (hoy la Iglesia recuerda a santa Faustina, apóstol de la Divina Misericordia), para correr mi carrera hasta la meta, por el tiempo que nuestro Pastor y Maestro tenga aún dispuesto.

(Parroquia de Ntra. Sra. de Begoña, Madrid, 7 de octubre)

Hoy la Iglesia celebra la memoria de Nuestra Señora en su advocación de “Rosario”, ligada a esta forma de piedad mariana e históricamente al triunfo cristiano en la batalla naval de Lepanto, hace 440 años.

La advocación del Rosario habla de María como imagen de la Iglesia orante. Ella, la Mujer que guardaba y gustaba en su corazón cada palabra y suceso de la vida de su Hijo. Virgen orante que, por lo tanto, en primer lugar, escucha y contempla, buscando el conocimiento familiar y la voluntad de Dios, como en su diálogo con el Ángel. Virgen orante a la hora de poner toda su confianza en Dios y seguir sus pasos hasta la Cruz.

Pero el Rosario habla también de María como la peculiarmente asociada a la mediación orante de su Hijo, modelo de la intercesión universal de los fieles cristianos. Avogada de gracia, mediadora, Madre en el sentido pleno desde Caná al Gólgota y ya para siempre.

Me alegra poder celebrar esta Misa de Acción de Gracias por mis XXV años de presbiterado en este día de la Virgen del Rosario. En el Seminario de Toledo, donde estudié, preside la Capilla un cuadro en el que la Virgen María reviste a san Ildefonso con los ornamentos sacerdotales. Allí siempre nos hemos considerado hechos sacerdotes en la “escuela de María”, también los padres carmelitas saben mucho de esto. María pues modelo. Y en mi vida, particularmente a lo largo de estos 25 años de ministerio, cuántas veces he experimentado la materna intercesión y protección de la Madre del Cielo. María intercesora. Así esta dulce advocación del Rosario me sirve para agradecer particularmente el protagonismo de María en mi formación y en mi vida cristiana y de presbítero. Y, por María a Jesús.

(Parroquia de Sto. Tomé, Toledo, 8 de octubre)

La **Palabra de Dios** del XXVIIIº Domingo del Tiempo Ordinario, que estamos celebrando ya en esta liturgia vespertina, nos invita a acoger el don de Dios significado en un banquete de bodas regias, ¡qué desgracia no valorar la invitación!. Es invitación a participar en esta Eucaristía, es invitación a acoger cada día el Amor del corazón redentor de Jesucristo, lleno de misericordia y consuelo. Es llamada a abrazar la “prenda de la vida futura”, la misma vida futura.

Para mi, hoy, significa acoger la participación en el Sacerdocio de Jesucristo como aquel día de hace 25 años y todos los días que me queden de vida: Sí, “habitaré en la casa del Señor por años sin término”. Lleno de confianza en Él “todo lo puedo en aquel que me conforta”.

Cristo mi principio, mi ser, mi paga, mi todo. Con el Salmista quiero terminar entonando el salmo 88 (89), “cantaré eternamente las misericordias del Señor, anunciaré tu fidelidad por todas las edades. Porque dije: -tu misericordia es un edificio eterno, más que el cielo has afianzado tu fidelidad-”. Y seguir con el salmo 50, “aparta de mi pecado tu vista, borra en mí toda culpa... afiánzame con espíritu generoso, enseñaré a los malvados tus caminos, los pecadores volverán a ti... Señor, me abrirás los labios y mi boca proclamará tu alabanza”.

Sea así, por tu poder y tu bondad, en el tiempo que me quede y por toda la eternidad.

Gloria al Padre y al Hijo y al espíritu Santo. Amén.

Juan-Miguel Ferrer Grenesche